

Memorias de editores

Los hijos de Gutenberg con los mercaderes del templo

SCHIFFRIN, André
La edición sin editores
 Barcelona: Destino, 2000

BORRÀS BETRIU, Rafael
La guerra de los planetas
 Barcelona: Ediciones B, 2005

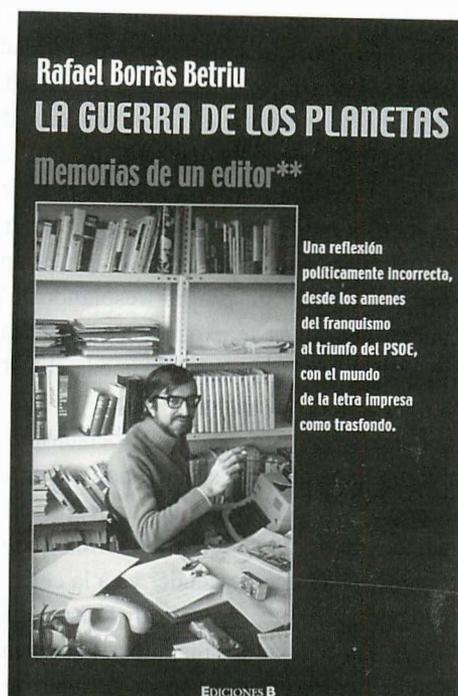
TUSQUETS, Esther
Confesiones de una editora poco mentirosa
 Barcelona: RqueR, 2005

KORDA, Michael
Editar la vida
 Barcelona: Debate, 2005

UNSELD, Siegfried
El autor y su editor
 Madrid: Taurus, 2004

Introito elegíaco

Se podría afirmar, sin demasiada imprecisión, que lo que hoy se califica, en general, de banalidad de la cultura del libro, comenzó cuando las editoriales, que históricamente habían sido empresas más bien borrosas, de escaso rendimiento, descubrieron que el libro era, antes que un objeto de cultura, un producto comercial, y si se le aplicaban buenas técnicas de promoción, acompañándole de una buena campaña publicitaria, se podría vender como un producto de primera necesidad. La perversión que contiene este descubrimiento salta a la vista; nadie en sus cabales se opondría a la expansión del libro, y aún menos a que esté al alcance de todos, no sólo en librerías, sino también –ya puestos– en grandes almacenes, supermercados y otros espacios de venta. El comercio y la democracia se dan aquí la mano, y dado que tanto uno como otra sirven legítimamente al interés público, habría que concluir, en primera instancia, que calificar el libro de “producto comercial” no rebaja su provecho cultural, sea éste el que sea. Sin embargo es evidente que, en la práctica, si al libro se le trata enfática-



mente como mercancía, sin duda se verá condicionado por la ley de la oferta y la demanda. Y hasta tal punto que su valor literario, imaginativo o intelectual se verá sustituido por el valor de su rentabilidad. Cuando un libro se vende bien, se convierte en un fenómeno social, y su carácter ubicuo, por decirlo así, se impone por encima de cualquier otra consideración. De tal modo que, al ser aceptado masivamente, su éxito está declarando su necesidad. Y no es raro, por tanto, aun tratándose de pura bazofia, que se incorpore a la trama cultural, e inevitablemente sirva para definir la urdimbre de dicha trama.

El libro, en todo caso, no ha perdido del todo su carácter de objeto de veneración, quiero decir de lugar donde se dilucidan y debaten cuestiones decisivas para comprender mejor nuestras zonas oscuras, nuestra naturaleza, nuestra responsabilidad social, el eco de la muerte, la fantasía y corrupción del deseo, las trampas de la imaginación, las formas de la fábula, la previsión de los dioses en nuestro fervor y en nuestro miedo. El libro sigue siendo lo que siempre ha sido: un registro de conocimientos. Lo que ha cambiado es el modo de gestionar el libro. De bien cultural, preservación del paradigma

—que no significa sumisión a su hegemonía— y constructor de realidad, se ha convertido en bien de la industria cultural. Cosa, a todas luces, muy distinta, por no decir opuesta, pues no es lo mismo custodiar un bien por su valor para el espíritu que mantenerlo vivo por su índice de rentabilidad. Esta modificación no alecciona demasiado respecto a la confianza en la construcción de un sentido, que es lo que se quiere hallar cuando se lee un libro. La manifiesta banalidad de la industria cultural, aunque tiránica, deja por fortuna al lector vías de escape para encontrar su propio resplandor. Y cuando las ruinas se expanden y amenazan con cubrir la hierba, siempre queda el testimonio, la voz del testigo.

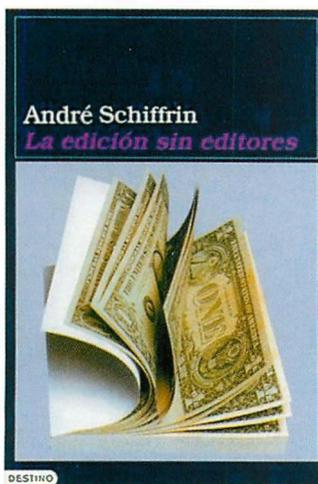
Después de este introito de persuasión y antiguo lamento, cuya finalidad radica en disponer a la aceptación de la elegía —además de servir de marco a los libros que se reseñan—, hay que descender ya a la concreta experiencia que, respecto al afán de editar libros, nos cuentan los distintos editores que aquí coinciden en su propósito de interrogar su trabajo y dar fe de su profesión. Conviene aclarar, antes de nada, que vale situar a los cinco libros elegidos en el género difuso del testimonio, aunque tres son memorias o confesiones (los libros de Rafael Borràs, Esther Tusquets y Michael Korda) y los dos restantes (los de André Schiffrin y Siegfried Unseld) pertenecen más bien al ensayo, donde la reflexión evita el contagio gracioso de las anécdotas, o bien, cuando la anécdota aparece, ésta adquiere categoría simbólica, emancipada de la sospecha de trivialidad.

El caso de los lectores desaparecidos

El libro de André Schiffrin, *La edición sin editores*, soporta el honor de ser uno de los primeros en analizar, sistemáticamente, los efectos nocivos que, sobre la edición de calidad, supone la masiva concentración de la edición mundial en grupos que controlan los medios clave y trabajan el libro como una mercancía más, de modo que la decisión de publicar este o aquel título no constituye una responsabilidad ética, sino una valoración financiera. Schiffrin, buen conocedor de la evolución de la industria editorial, director durante treinta años de la

prestigiosa Pantehon Books, comienza por declarar la enorme importancia que, en el imaginario social, tiene la edición en la conformación de la realidad: “Si se dejan de lado las memorias que, como el presente libro, despiertan siempre ciertas suspicacias, la historia de la edición no ha suscitado muchos trabajos, al menos en inglés. Sin embargo, la edición representa siempre un microcosmos de la sociedad de la que forma parte, reflejando sus grandes tendencias y fabricando en cierta medida sus ideas, lo que constituye su interés. En los últimos años se ha transformado radicalmente. País tras país, ha pasado de un estadio artesanal de carácter decimonónico a una industria dominada por los grandes grupos, que ejercen todo tipo de actividades en la industria cultural y de la información”. Y más adelante, precisa: “Puede decirse sin temor que la edición mundial ha cambiado más en el curso de los últimos diez años [la edición original es de 1999] que durante el siglo anterior”. Pero el cambio que anticipa esta gran transformación radica en que, con la incorporación, como responsables editoriales, de gerentes y financieros, sin vinculación alguna con el mundo del libro, estos editores ya no conocen —y, por supuesto, no leen— los libros que publican; su relación con el libro se realiza a través de los pronósticos sobre su rentabilidad, y de ahí al establecimiento de una “censura del mercado” sólo hay un paso. Esta censura, escribe Schiffrin, funciona “en el proceso de decisión, basado en la existencia o en la ausencia de un prepúblico para cada libro. Por tanto, lo que se busca es el autor conocido, el tema de éxito y los nuevos talentos o los puntos de vista originales difícilmente encuentran lugar en las grandes editoriales”.

Si el lector de este artículo se ha sentido alguna vez alarmado, extrañado, confundido o escandalizado (que también vale) ante las desmesuradas alabanzas proferidas a un libro de éxito, cuya poquedad, necedad e irrelevancia, él mismo ha podido verificar con su lectura, tiene una explicación en las últimas líneas entrecuilladas del párrafo anterior. Y si se ha preguntado a qué se debe la carencia de una literatura más vivaz, arriesgada y comprometida con el espíritu humano, por el mismo vistazo esas mismas líneas ofrecen también una respuesta a su interrogación. André Schiffrin escribió *La*



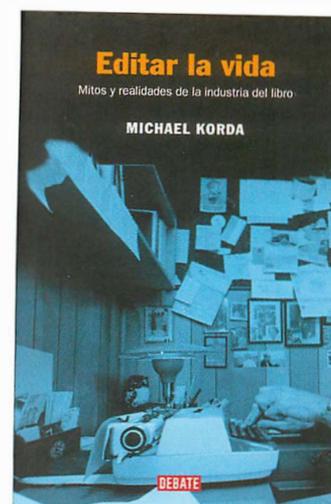
edición sin editores del mismo modo que, antiguamente, se hacía sonar en los pueblos la campana para avisar de un incendio; sólo que él no avisa de que se quema un establo de los contornos, sino de una deflagración voraz que amenaza con extenderse y acabar con el pueblo entero. Y si un pueblo se consume, entonces ya no quedan vecinos que puedan oponerse a ésta o aquella política municipal; lo que permanece es un terreno idóneo para los especuladores, en caso en que éstos decidan que la reconstrucción de la zona puede ser un negocio rentable. De tal modo que los lugareños que deseen rehacer su vida no tendrán más remedio que aceptar las condiciones impuestas por las empresas de rehabilitación. Schifffrinn apunta hacia esa desolación de tierra quemada cuando escribe: “La edición política, sobre todo en los años de elecciones, ha sido durante mucho tiempo una práctica tradicional en Estados Unidos. Sin embargo, entre 1992 y 1996, años de elecciones presidenciales, prácticamente no aparecieron libros que trataran temas esenciales del país dirigidos al gran público. Respecto a cuestiones que afectan a todo el mundo –el seguro de enfermedad, el futuro del sistema de protección social– no se encontraba ningún libro salvo los que defendían un punto de vista de extrema derecha, a menudo subvencionados por fundaciones ultraconservadoras y publicados por los grandes grupos”. Aquí toca preguntar: ¿es de extrañar que, con estas condiciones objetivas, George W. Bush haya sido el presidente más votado en la historia de las elecciones de Estados Unidos? Schifffrinn, claro está, no dice nada del Gran Emperador, pero señala el espacio vacío donde se origina el núcleo que hace posible que el Gran Incapaz pueda llegar a ser el hombre más poderoso de la tierra. Con buenos libros a nuestra disposición –es decir, no con cualquier libro, sino con aquellos que fomentan el criterio y la inteligencia– tal vez ciertas aberraciones políticas pueden evitarse. En ese “tal vez” se cifra la esperanza de que los libros sirven para algo más que entretener el tiempo mientras llega la muerte; lo contrario es aceptar que la realidad, reducida a lo peor, sólo puede dar frutos podridos. Consciente de que el mercado (o el fuego) ha dejado un territorio yermo, Schifffrinn se resiste a contemplar la desolación, pero no le queda más remedio que

consignar el enorme impedimento que, para la restitución del aire transparente, supone la desaparición de los lectores: “Las grandes editoriales dirán que todo esto está dictado por las leyes del mercado. Pero ¿cómo aceptar la idea de que de pronto no existen lectores para oponerse a la ideología dominante, para interesarse por soluciones alternativas?”.

Las razones de los otros

En un registro muy distinto, en *La guerra de los planetas* Rafael Borràs se ha impuesto ofrecer un testimonio de la incidencia social y política de los libros de la editorial Planeta, sobre todo de la colección “Espejo de España”, creada y dirigida por el propio Borràs. El libro abarca desde 1973, cuando se crea la colección, hasta 1984, un periodo que el autor califica de *década prodigiosa*. Siempre ponderado, aunque irónico y un punto mordaz, declara muy sagazmente, antes de entrar en materia: “es muy posible, salvando las distancias, que en el mundo editorial yo sólo haya sido capaz de captar las escaramuzas, sin percatarme, muchas veces, de que formaban parte de una lucha más compleja, ignorante de lo que se cocía entre bastidores; mi versión de los hechos puede que peque, pues, de incompleta, y también de subjetiva, porque dichas escaramuzas las he descrito según el personal ángulo de visión en que las circunstancias de la batalla me colocaron en cada momento”.

Irremediamente incompleta y subjetiva, sin duda, lo que no dejar de ser un aliante y un valor, pues la verdad redonda y la imparcialidad no han sido integradas en la condición humana, la versión de Rafael Borràs es más bien la del testigo de cargo, pero tan implicado en los acontecimientos que él mismo es el factor determinante de la existencia de esos acontecimientos. La colección “Espejo de España” se ocupó, de un modo preponderante, de dar voz a las personalidades políticas más activas, incluyendo a quienes habían ocupado cargos de relevancia en la gobernabilidad del país, con el fin de que sus testimonios intervinieran en el conocimiento de una figura tan nefasta, pero tan determinante, como la del dictador Franco, además, claro está, de contribuir al esclarecimiento político del largo periodo



de administración de la humillación en que consistió el franquismo, y el tiempo que siguió al entubamiento clínico del dictador, los años de transición o de recuperación sigilosa de la democracia, que concedió a los españoles el ejercicio de la libertad, amparados en una Constitución, y los hábitos transparentes de los debates parlamentarios, concedidos por la participación ciudadana mediante el derecho al sufragio universal. La importancia que en su momento tuvieron títulos, por citar algunos, como *Federico García Lorca, asesinado: toda la verdad*, de José Luis Vila-San-Juan; *La guerra civil vista por los exiliados*, de Carlos Rojas; *Casi unas memorias*, de Dionisio Ridruejo; *Mis conversaciones privadas con Franco*, del Teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo; *El partido comunista de España*, de Víctor Alba; o *Al servicio de la corona*, de Alfonso Armada (condenado por implicación en el golpe de estado del 23F), introdujo en nuestro país la normalización del libro político (que suponía, a su vez, una revisión contrastada de la aportación historiográfica sobre España), y creó un escenario de voces variadas y disímiles, haciendo resaltar así un panorama realmente plural de las fuerzas políticas en discordia. Bajo la dirección de Rafael Borràs, Planeta ejerció un papel decisivo en la restauración y conformación política de nuestro país; y esa función de catalizador de tensiones ideológicas convierte estas memorias en una contribución que puede calificarse de documento histórico, con el añadido de revelar también las virtudes y mezquindades de la propia empresa editorial, que tenía que navegar en aguas muy turbias para que sus libros no perdieran crédito, ni recabar sospechas de manipulación, con el fin de seguir difundiendo los testimonios y memorias de nuestra reciente historia.

Pero lo más notable, sin duda, de *La guerra de los planetas*, reside en el talante de su autor, interesado en conocer “las razones de los otros”, una actitud que emplaza su figura en una dimensión hoy infrecuente en nuestro país, pero que dio sus mejores figuras en la época republicana, de la que Rafael Borràs se siente continuador, pese a que los tiempos actuales parecen difuminar esa herencia a favor de una monarquía más o menos responsable y simpática. Desde esa

actitud, y sin dejar de usar una fina ironía respecto a la dignidad y el valor moral de los políticos a los que ha tenido que tratar –de signo muy diferente, y de cataduras muy diversas–, ofrece siempre un retrato –o un esbozo de trazos muy agudos– que ilumina muchas zonas oscuras de nuestro presente. En todo caso, por encima de algunas particularidades, además de un portentoso ejercicio de memoria, el libro supone una clara revelación de la importancia de una editorial en la configuración de la realidad política. Leyendo *La guerra de los planetas*, el lector conoce los mecanismos que preceden a la elaboración de un libro, aprecia la magnitud que supone la figura de un editor interesado en integrar la rentabilidad de un libro con su valor social, y sin duda comprenderá la radical incidencia que tiene una editorial en el tejido social.

Crónica de tiempos felices

Cualquier motivo es válido para escribir unas memorias, y de los muchos que se pueden esgrimir también sirve el requerimiento de una hija para escribirlas. Directora durante cuarenta años de Lumen –hasta que fue absorbida por un gran grupo editorial–, Esther Tusquets decidió escribir *Confesiones de una editora poco mentirosa* estimulada por el fervor de su hija –también editora–, después de oír la contar algunas anécdotas de su vida profesional. “Esto es lo que quiero que escribas para mí. No unas memorias solemnes, hablando de los grandes problemas de la edición, sino estas pequeñas anécdotas que constituyen la vida cotidiana de una editorial y que cuando las cuentas tú resultan divertidas.” Creada como empresa familiar a finales de los años 60, Lumen se erigió en lo que todavía hoy se llama “editorial independiente”, un enunciado que ha perdido vigencia debido no sólo a la escasez de este tipo de editorial, sino a que la actual dinámica del libro obliga a estas pequeñas editoriales a moverse en un espacio tan marginal que prácticamente son invisibles. Esther Tusquets, ya en el primer capítulo, declara los criterios que se ajustan a su posición ética respecto a su tarea de editora, y los cambios que se han originado, desde que ella se inició en el gremio. La cita es larga, pero su transcripción nos evita tener que glosar su contenido: “Pero, si me ha lle-

vado tiempo estar segura de poseer una auténtica vocación de editora –debido en parte a que no fue una profesión elegida por mí y en parte a que no he terminado nunca de sentirme a gusto en el papel de empresaria–, sí he estado por el contrario absolutamente segura de que nada podía seducirme menos que dirigir una gran editorial, una gran industria con multitud de empleados, mucho capital en juego y cientos de títulos al año. Esto último, además, en un país donde se produce un extraño fenómeno, que debió de tener su origen hace un montón de años: la oferta no se ajusta en absoluto a la demanda, y se editan muchísimos más títulos de los que va a ser posible vender, lo cual abona mis sospechas de que, si bien la edición es, qué duda cabe, otro negocio más dentro del sistema económico general, no deja de ser, incluso para los ejecutivos más eficaces y menos propensos a veleidades románticas o de cualquier otro tipo, un negocio algo especial, y de que, contrariamente a lo que en ocasiones han asegurado, fabricar libros no es para nadie, o para casi nadie, lo mismo que fabricar otro producto cualquiera”.

De más está decir que Esther Tusquets ofrece una visión tan personal de la tarea de editar libros que su experiencia profesional no resulta transferible. Lo que equivale a decir que, con el pretexto de escribir unas memorias de editora, en realidad está contando los aspectos de su vida vinculados a la actividad pública. Se dirá que, a fin de cuentas, de eso se trata, de reflejar por escrito su labor en la dirección de Lumen y dar testimonio de la incidencia de la editorial en el panorama cultural del país. Ciertamente Esther Tusquets cumple con creces estos propósitos, y el lector puede sin duda disfrutar de un sabroso anecdotario, donde no faltan personajes de la celebridad de Camilo José Cela, Miguel Delibes, Ana María Matute, Pablo Neruda, Carlos Barral o Carmen Martín Gaité, entre tantos otros de igual relevancia. No obstante, la autora se deja arrastrar demasiado complacientemente por las “jugosas historias”, y apenas dedica espacio a una reflexión más dilatada o aguda, fruto de una experiencia de tantos años. Y si bien no se puede exigir a un libro que sea otra cosa que lo que es, sí es posible lamentar que de los cuarenta años al frente de una editorial de las características de

Lumen se obtenga un puñado de páginas cuyo máximo valor es la exhibición de chismorreos –de alto voltaje, sin duda, pero chismorreos–, que apenas dejan sitio para una reflexión sobre los cambios producidos en el mundo editorial, y las consecuencias de esos cambios en la sociedad española. Pues aquí es precisamente donde *Confesiones de una editora poco mentirosa* se vuelve bastante inservible. Su aportación, fuera de la simpatía que suscita la autora, no legitima su autoridad en cuanto editora, pues no se eleva más allá de las semblanzas de ciertos escritores, sostenidas por una extensa autosemblanza, a la manera de quien escribe la crónica de unos tiempos felices que ya no volverán. Hay que lamentar, por tanto, que el propósito confesional de Esther Tusquets no haya ido más allá del ámbito doméstico y que haya desestimado hacer una valoración de lo que era editar en aquellos tiempos y lo que supone editar en la actualidad. A quien se decide a escribir sobre la experiencia de cuarenta años al frente de una editorial –y más tratándose, como es el caso, de una excelente novelista– cabe reclamarle un aprovechamiento más conspicuo de la realidad vivida. Sin duda ése hubiera sido el mejor procedimiento de defender, precisamente, la “manera de editar” que con tanto fervor Esther Tusquets demostró en la dirección de una editorial tan prestigiosa como Lumen.

Un trabajo duro

El autor de *Editar la vida*, el británico Michael Korda, es hijo del experto en arte Vincent Korda y sobrino de las siguientes personalidades artísticas: del director de cine Zoltan Korda (*El libro de la selva*); de sir Alexandre Korda, productor de películas, entre otras, *El tercer hombre*; del guionista Sydney Kingsley (*Brigada 21*); de la gran estrella de la pantalla Merle Oberon. En fin, que no se trata de un advenedizo. Bien introducido, desde jovencito, en el ambiente artístico y cultural de los años 40 y 50, comenzó a trabajar en la edición americana en Pockett Books y enseguida, durante varias décadas, en Simon&Schuster, una de las editoriales más importantes de Estados Unidos, donde destacó por su sagacidad para “crear” y promover con acierto libros que se vendían como rosquillas en el mundo



entero. Señalo al azar algunos títulos para avivar la memoria del presunto lector de este artículo: *No amarás a un extraño* (Harold Robbins), *El valle de las muñecas* (Jacqueline Susann), *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas* (Dale Carnegie), *Las enseñanzas de Don Juan* (Carlos Castaneda), *El factor humano* (Graham Green), *Todos los hombres del presidente* (Woodward y Bernstein), además de las memorias de Richard Nixon, de Ronald Reagan, de Henry Kissinger, de Joan Crawford *e tutti quanti*. Hombre muy culto –de algo habría de valerle tanto abolengo– no tuvo demasiados escrúpulos en adaptarse a un medio donde “muchas de las personas que tienen más éxito en el negocio editorial no les gustan los libros y rara vez leen alguno”. A Michael Korda sí que le gustan los libros, y mucho, pero su pragmatismo es muy superior a su criterio de lo que debe ser un buen libro, lo que no le impide reconocer que trabajar en una gran empresa editorial no es precisamente un camino de rosas, aunque le permita codearse con gente más o menos artística y extravagante: “Prácticamente lo primero que aprendí acerca de la tarea de editor es que se trata de un trabajo duro. Solo quienes cavan zanjas y los mineros lo pasan peor, pero si trata de un trabajo entumecedor, interminable (y me abstengo de manera deliberada de decir fútil), la edición de libros es difícil de superar”. Exagera, sin duda, el señor Korda, pero bien está que alguien que ha asistido en primera línea diga tan a las claras que no es oro todo lo que reluce.

En realidad, aunque con una mentalidad empresarial, que desconcierta en una persona tan adicta a la lectura, Michael Korda da cuenta de los cambios producidos en los años 50, cuando la edición de libros en rústica empieza a igualar a los de tapa dura, y empiezan a pagarse grandes anticipos para tiradas muy altas que obligan a vender los libros en ámbitos distintos de las librerías, es decir, para poder ser ofrecidos no como artefactos de conocimiento, sino como objetos de consumo masivo. Y de ahí a una transformación más radical sólo hay un paso, el paso que convierte la edición de libros en un negocio del espectáculo. Michael Korda, con su sinceridad pragmática, no duda en reconocer las experiencias recibidas. Dice respecto a ciertos autores de

éxito, más atareados en la promoción de sus libros que en escribir buenos libros: “me habían enseñado que los libros son una mercancía como cualquier otra, algo que muchos editores aún no han aprendido”. Sorprende, por no decir que llena de furia, esta alabanza a la eficacia. Según ese criterio, llevando al límite la comparación, no cabe dudar de la competencia de la tortura para sacar información, pero aparte de que la mera mención de la tortura ya repugna de por sí, excede todo lo imaginable que alguien defienda su eficiencia, porque ha comprobado en la práctica que se trata de un método útil. Michael Korda tiene muchos momentos que se podrían calificar de “cinismo inconsciente”, pero no por inconsciente resulta menos deplorable. No obstante, hay que reconocerle una enorme capacidad narrativa para reflejar la vanidad y estupidéz que se cuece tanto en los despachos de las editoriales como en las mentes delirantes de los autores de éxito, cuyo reconocimiento social va en relación inversa con su coeficiente intelectual. Y, en todo caso, pese a sus bajadas de cabeza, en ocasiones sus observaciones son muy pertinentes y no dejan sombras sobre la precisión de su diagnóstico: “En S&S siempre se vio como un chiste eso de que ‘Este sería un gran negocio si no fuera por los autores’, pero a mediados de los años setenta la industria editorial empezaba a ser dirigida por gente que en verdad lo creía y que incluía a los editores dentro de esa premisa”. Lo que en los años setenta se producía en Estados Unidos es lo que se viene produciendo actualmente en nuestro país. Y de ahí lo mejor del libro de Korda: todo lo que cuenta anticipa lo que ocurrirá aquí. La aglutinación de editoriales, antes independientes, en grandes grupos que cubren no sólo el mundo de la edición, sino en gran escala el universo de la comunicación, que engloba prensa, cine, televisión y otros medios, supone un verdadero control, o para decirlo más suavemente, una “dirección” sobre lo que podemos leer, ver o escuchar. Ahora estamos en un periodo en el que los negocios no se hacen escribiendo y publicando libros, “sino comprando y vendiendo editoriales”.

Termino este apartado con una larga cita. Si los nombres que aquí se mencionan no le dicen nada al lector, le sugiero que los cambie por otros nombres correspondientes a

estos pagos, y verá que el texto es muy esclarecedor. La cita, por lo demás, se vuelve radiante cuando se llega a las dos últimas palabras: “Al pensar en todo ello, puedo detectar cuándo y cómo empezaron todas estas transformaciones. Cuando los Knopf vendieron su adorada editorial a Bennett Cerf en 1960 y después Cerf sacó a Bolsa Random House para más tarde venderla a RCA, la suerte estaba echada. Luego, solo fue cuestión de tiempo que las editoriales con cuyos nombres todos estábamos familiarizados –Macmillan, Harper, Atheneum, Scribner’s, Prentice Hall, por nombrar algunas– cayeron una a una como árboles ante un hacha. Por ejemplo, Scribner’s, la editorial para la que trabajaba el legendario Maxwell Perkins y que publicaba a F. Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway y Thomas Wolfe, fue engullida por Macmillan, después Macmillan fue comprada por S&S, y Scribner’s se convirtió en un ‘sello’ (aunque exitoso) de S&S, mientras que su librería de la Quinta Avenida, quizá la más hermosa del país, se convirtió en una tienda de Benetton: qué vergüenza”.

El fervor de editar

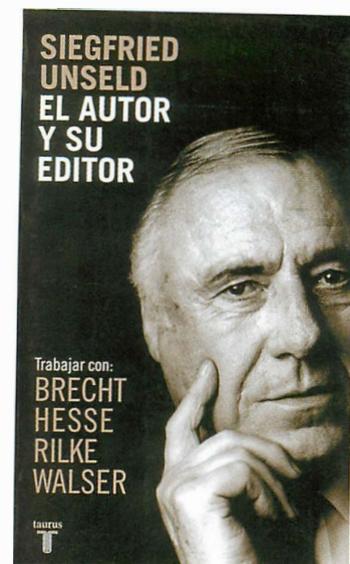
El autor y su editor, de Siegfried Unseld, cuya primera edición alemana data de 1978, aborda un atento examen de las relaciones –desde los malentendidos, miserias y defectos, hasta la cooperación mutua– entre las necesidades de los autores, tanto económicas como psicológicas, y los compromisos de ciertas editoriales que deciden apostar, no ya por un libro concreto de un autor, sino por una obra proyectada, pero aún no escrita. Siegfried Unseld (1924-2002) fue uno de los editores más relevantes y sensibles de la cultura alemana, director de la prestigiosa editorial alemana Suhrkamp, una editorial que siempre se destacó por una línea de política editorial a favor de la excelencia literaria, y cuyo sello, hasta hace pocos años, era una garantía de calidad. *Herr Unseld* se mueve todavía, por fortuna, en parámetros éticos y profesionales que hoy ya son arqueología. Su libro, desde este punto de vista, resulta por ello más admirable; su conocimiento del medio se ve siempre impulsado por una táctica humanística, por el fervor de editar. Lo que no quiere decir que no reconozca y admita las contra-

dicciones en que debe moverse una editorial para poder sobrevivir, manteniendo criterios independientes a la vez que se esfuerza en no colapsar con los números rojos, con el desastre económico. *Herr Unseld* recoge las relaciones con sus editores de cuatro grandes autores (Herman Hesse, Bertolt Brech, Rainer Maria Rilke y Robert Walter), cuya experiencia, muy distinta, sirve para dibujar la personalidad de cada autor y su influencia sobre el editor. Como bien se dice en la contratapa: “Herman Hesse, por su lealtad y su deseo de independencia financiera, disfrutó de una relación ejemplar con sus editores. Con Brech, todo era confusión. Con Rilke, una alianza que duró toda la vida. Con Robert Walter, un marasmo de dificultades”. *Herr Unseld* analiza las peculiaridades de cada autor, con exquisita autoridad, finura intelectual y erudición, y construye una narración –inicialmente estos ensayos tuvieron forma de conferencias– que se lee con verdadera pasión, como una novela de agravios matrimoniales, pasiones reencontradas, infidelidades, animosidad, breves momentos de sosiego doméstico y felicidad póstuma, sobre todo para la familia del autor; incluso en el caso de Hesse, que siempre disfrutó de buenos honorarios y que recibió el premio Nobel, “sus herederos disponen de mayores sumas por derechos que él durante toda su vida”.

Pero si los ensayos dedicados a los correspondientes autores suponen un abordaje muy particular de sociología literaria, el texto que abre el libro, “Las tareas del editor literario” (atención a esa expresión: *editor literario*), establece el espíritu por el que debe guiarse una editorial para poder atraer buenos escritores. Los autores, escribe *Herr Unseld*, se deciden por la fisonomía de una editorial y por su gerente, lo que significa que eligen:

- por el grupo de autores, cuyos libros publica la editorial,
- por la forma en que presenta sus libros,
- por la capacidad de realización de los libros y proyectos confiados a la editorial, es decir, por los colaboradores de la casa,
- por la persona del editor, primer interlocutor del escritor y además responsable absoluto de los tres puntos citados.

Consciente *Herr Unseld* del conflicto entre el autor y el editor, considera que le



corresponde al editor la tarea de facilitar un terreno abonado para que el autor pueda desarrollarse. No me resisto a transcribir el siguiente párrafo: “La confianza de un escritor en una editorial se concentra en el hombre que se responsabiliza intelectual y materialmente de la casa, que le puede dar seguridad y a menudo tiene que animarle a continuar un trabajo empezado, a emprender una nueva obra o a recomenzar después de un fallo, una renuncia, una crítica o un fracaso estrepitoso; ese hombre que respeta incondicionalmente la creación artística, pero que también sabe que a menudo una de las fuentes de la creatividad puede ser una neurosis. Cuando el autor consigue neutralizar sus energías libidinosas y agresivas escribiendo –cuando sus experiencias se convierten en palabra escrita–, paga más de una vez el precio de ser un excéntrico, un marginado, un ser no social, alejado de la normalidad de la vida cotidiana”. La tarea del editor es, pues, “animar, desatar energías”. Claro que el editor, al frente de una empresa, debe de saber conjugar el espíritu con el negocio, para que el que escribe pueda vivir y el que edita pueda seguir haciéndolo. Pero en el tejido económico de nuestra sociedad, admite Herr Unsel, el libro siempre se podrá ver como una mercancía, lo que supone un conflicto de funciones de imposible resolución. Pues, en la medida en que una editorial está organizada según el modelo capitalista y tiene que producir ganancias, y la literatura, la buena literatura, en cambio, se opone a la maximación de los beneficios, ¿cómo conciliar beneficios y literatura? Tampoco me resisto a copiar el siguiente párrafo: “El editor

fomenta textos que fortalecen esos derechos que apoyan al individuo en su preocupación por el prójimo y que discuten formas y teorías nuevas y diferentes sobre nuestra sociedad y economía. Sin embargo, el editor encabeza un negocio que en el terreno económico se rige por la ley de los beneficios. Así, pues, publica libros que defienden al hombre que se libera permanentemente de opresiones, y al mismo tiempo, como dirigente, debe imponer en su propia empresa la ley del rendimiento y la disciplina del trabajo”. Como se ve, la lucidez humanística no excluye el conocimiento de las condiciones materiales, pero tampoco supone que, ante la evidencia del sostenimiento económico de una empresa editorial, sea necesario aceptar el cinismo de que el éxito económico de un libro garantiza su valor social. También se venden muchos donuts y nadie, en su sano juicio, considera que su extensión en los hábitos alimenticios es un referente para el espíritu. Sobre el mundo del libro y en concreto sobre los editores se ha dicho y repetido, con mucha razón, aquella frase que un día escribió en su diario Max Frisch, después de asistir a la Feria del Libro de Frankfurt: “La diferencia entre un escritor y un caballo estriba en que éste ignora el lenguaje de los tratantes de ganado”. Pero también ha habido editores (y todavía hay, estamos seguros: la extinción no es total) que, como Siegfried Unsel, no sólo han desactivado el carácter insultante de esa frase, sino que la han convertido en una ingeniosa frase de significado más que dudoso. ☹

Francisco Solano

Biblioteconomía

**GARCÍA GÓMEZ, Francisco Javier;
DÍAZ GRAU, Antonio**
*Desarrollo y gestión de la colección local
en la biblioteca pública*
Buenos Aires: Alfagrama 2005

Antonio Díaz Grau y Francisco J. García Gómez definen en su presentación los tres

frentes desde los que han redactado este manual. Primero, analizan documentos de organismos relacionados con las bibliotecas que abordan la cuestión y cómo es tratada; después, han estudiado la realidad normativa existente en las legislaciones bibliotecarias, especialmente la española, sobre el servicio de información local; finalmente, sin-

tetizan cómo funcionan las principales colecciones locales de las bibliotecas públicas del mundo.

¿Qué queremos conseguir con el servicio de colección local desde la biblioteca pública y cómo lograrlo? La respuesta a esta pregunta la estructuran en tres partes definidas que constituyen el esquema de la obra.

En la primera parte, en la introducción, abordan desde un punto de vista teórico el tema de lo local frente a lo global, la importancia de lo local en la era de la globalización, la recuperación de la memoria local, y se ubica a los museos y archivos en el contexto de la información local.

Posteriormente, en los capítulos que integran esta primera parte, estudian el origen e historia de los servicios de información local desde el siglo XIX, sus contenidos y servicios, y se citan ejemplos ilustrativos. Analizan posteriormente el concepto de colección local *versus* sección local, estudian más extensamente la colección local y su situación en algunas de las bibliotecas públicas de España y Australia, y analizan la colección local en la legislación, reglamentación y normativa bibliotecaria existente en la actualidad.

En la segunda parte, en el capítulo “Usuarios y profesionales: el lado humano de la sección local”, estudian las diferentes tipologías de usuarios de los servicios de información local y sus necesidades, y se especifican las cualidades y aptitudes que el personal bibliotecario a cargo de esta sección local debe tener y las funciones a desarrollar.

PÉREZ PULIDO, Margarita y HERREIRA MORILLAS, José Luis

Teoría y nuevos escenarios de la Biblioteconomía

Buenos Aires: Alfagrama, 2005

Un fantasma recorrió el territorio de las llamadas ciencias sociales desde finales del siglo XIX hasta bien entrado el XX. ¿Eran o no eran ciencias? ¿Estaba el peso de su actividad en su carácter autónomo como disciplina o sólo en relación con otras ciencias o áreas de conocimiento? ¿Eran las otras ciencias auxiliares suyas o bien ella misma era una ciencia auxiliar? La Biblioteconomía no

El apartado “Formación, composición y organización de la colección local” se basa en las directrices de la IFLA de 1988, analizándose estos temas y el mantenimiento, control y localización de información local, que se trata exhaustivamente en el capítulo relacionado con el tratamiento técnico de la colección local: catalogación, clasificación e indización. En el capítulo 7 se exponen los aspectos relativos a la difusión, promoción y dinamización de la colección local.

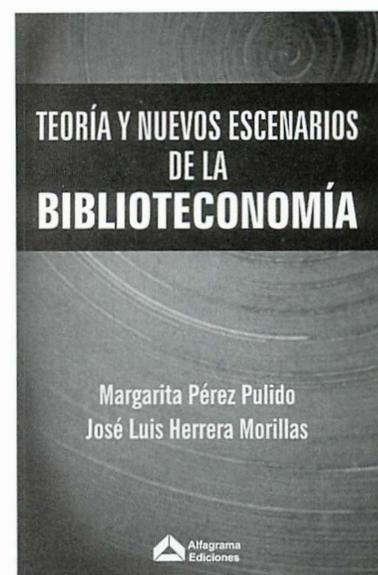
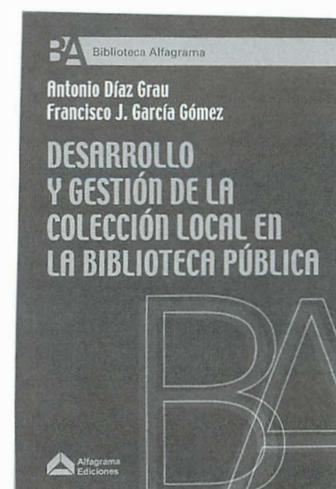
El capítulo 8 introduce la tercera y última parte del libro y se dedica al influjo de las tecnologías de la información en la colección local, centrándose, en primer lugar, en el proceso de digitalización de la colección local de las bibliotecas públicas, señalando algunos proyectos existentes en la actualidad y, en segundo lugar, en el impacto de Internet en la colección local, citando también algunos ejemplos de bibliotecas.

Se complementa el libro con bibliografía en cada uno de los capítulos y un apartado final de bibliografía consultada. Finalmente, en los anexos se transcriben las *Pautas de la American Library Association (ALA)* referidas a la colección local, ejemplos de registros de catalogación, ordenación y clasificación de documentos de temática local, algunas imágenes de la colección local a través de las web de algunas bibliotecas públicas y otros recursos de interés. 

Roser Lozano

ha sido ajena a estas disquisiciones para poder obtener la carta de existencia como disciplina científica. De esta larga marcha hacia la legitimización se ocupa el primer capítulo del libro que comentamos.

Hay una importante labor de síntesis para presentar la evolución histórica y la configuración del concepto tal como lo entendemos hoy en día. En apenas 51 páginas (primer capítulo) desfilan países, personas y épocas, se citan teorías y se conforman escuelas. La discusión sobre si la biblioteconomía es ciencia o técnica o actividad práctica está magníficamente expuesta. Lo



que actualmente nos puede parecer un tedioso debate epistemológico, ha ocupado varios miles de páginas escritas por teóricos, tanto nacionales como extranjeros, durante los dos últimos siglos. Lo mismo podemos decir del debate sobre si la disciplina debe denominarse biblioteconomía, bibliotecología, bibliotecografía..., o dejamos el prefijo “biblio” en la caja de los hilos y nos lanzamos a la ciencia de la información. En el camino de todas estas discusiones se han dicho cosas muy sesudas, que seguro han contribuido al avance de nuestros conocimientos, y uno agradece que Pérez Pulido y Herrera Morillas se hallan tomado el trabajo de contárnoslo en unas pocas páginas.

El lector interesado en la evolución de las teorías biblioteconómicas, podrá encontrar fácilmente los nombres propios de sus principales representantes, agrupados por escuelas nacionales, y sus aportaciones más destacadas. Se incluye un cómodo cuadro-resumen con precisiones terminológicas de la disciplina y otro, logradísimo, con la evolución del concepto de biblioteconomía.

Una vez plasmados estos asuntos epistemológicos se hace una interesante presentación de la Teoría General de Sistemas y su aplicación al campo bibliotecario (capítulo segundo). Se define así a las bibliotecas como sistemas abiertos, en cuanto que se encargan de proveer servicios, y se hace un repaso de los diferentes subsistemas que la conforman según diversos autores. Con estas premisas se introduce un concepto de biblioteconomía científica en el que la evaluación y el *management* tienen una importancia capital. Esto da pie para que los autores hagan un repaso de las últimas tendencias en la gestión de servicios bibliotecarios con un apartado especialmente dedicado al impacto de la cultura digital que pone fin a la primera parte de la obra.

En el tercer capítulo, a partir de la definición que se ha ofrecido de la biblioteconomía, se habla de la importancia central que tienen los usuarios, el público, la sociedad en suma, a la hora de plantear unos servicios bibliotecarios. Conceptos como mediación, principios básicos como acoger, orientar o informar, son presentados y analizados al igual que todos los aspectos relacionados con la atención al usuario. Los autores pre-

sentan técnicas como el *marketing* o el *advertising* en un contexto bibliotecario sin perder nunca de vista el para qué y el para quién.

Es muy interesante la parte dedicada a la arquitectura de bibliotecas en el capítulo cuarto. Tras una acertada introducción, sobre lo que supone construir bibliotecas en esta época de paradigmas digitales, se presenta al lector el nuevo concepto de espacio bibliotecario y se revisan los aspectos relacionados con la programación y planificación de edificios.

Esta parte se completa con un acercamiento al *marketing* y a la publicidad, con una atención especial al concepto de imagen corporativa aplicado a las bibliotecas.

En el último apartado del libro encontramos un repaso a la evolución histórica de la profesión y una definición del perfil del bibliotecario actual. ¿Qué habilidades y competencias son necesarias para el profesional de la información en el siglo XXI? Los autores hacen una revisión de las opiniones de diversos autores y lo que se plasma en las guías y manifiestos de diferentes asociaciones profesionales europeas y norteamericanas.

Después de analizar el estatus y el prestigio social con que cuenta la profesión bibliotecaria, a partir de la comparación con otras profesiones, el libro termina con un epígrafe dedicado a la ética y la deontología. ¿Cuáles son los principios éticos de los que se derivan nuestros valores profesionales? ¿Cómo se plasma esto en los códigos deontológicos? ¿Por qué es tan importante una ética aplicada a nuestra profesión?

Tanto Margarita Pérez Pulido como José Luis Herrera Morillas son profesores universitarios, y eso se nota a la hora de abordar los temas desde un punto de vista teórico y en el afán de citar a los autores más relevantes para cada línea de pensamiento.

Este libro destaca por construir todo el cuerpo teórico sobre el objeto que enfoca la biblioteconomía y como deben organizarse las bibliotecas en torno a los usuarios. Queda muy claro para los autores, y así lo transmiten, que nuestra profesión encuentra su más alto sentido, su razón de ser, en el servicio a la sociedad. 

Javier Pérez Iglesias